

**LENGUAJE Y PODER EN LA PRIMERA
EXPERIENCIA DEMOCRATICA VENEZOLANA
(1945-1948)**

Luis Ricardo Dávila (*)

I- EN EL COMIENZO LA LUCHA FUE POR EL PODER

El 18 de octubre de 1945 es sorprendido y derrocado por un Golpe de Estado el gobierno encabezado por el general Medina Angarita. Este es propiciado por un sector de la oficialidad del Ejército, organizado en la "Unión Patriótica Militar" (UPM), y por miembros de la Dirección del Partido Acción Democrática (AD). Tal acontecimiento constituirá la primera ruptura del "Hilo Constitucional" en el siglo XX y significará para los venezolanos una importante coyuntura histórica que aunque de vida efímera, pues finaliza el 24 de noviembre de 1948 con el derrocamiento del gobierno de Rómulo Gallegos por casi los mismos militares que derrocaron a Medina, dejará honda huella en el espíritu nacional. Se conforma de esta manera, entre ambas fechas, un período histórico conocido comúnmente como el "trienio" donde se produce tanto un tipo de discurso, cargado de nuevos símbolos y valores, como un tipo de práctica, cargada de nuevas formas de acción, que modificarán indeteniblemente la cultura política nacional.

Las representaciones discursivas construidas por el octubrismo han sido tan eficaces, que en general son poco constestadas lo cual contribuirá a inflar el sentido y la significación de lo hecho en este período de 37 meses de nuestra historia nacional, viniendo a satisfacer -según sus mentores- las carencias de 115 años de vida republicana. El lenguaje y los símbolos se convirtieron de esta manera en los grandes protagonistas de aquel octubre.

La primera descarga simbólica se reveló 24 horas después del Golpe, cuando sus mismos actores le calificaron con el mote de "Revolución". Y así quedaría inscrito entre los venezolanos: Lo que ocurrió aquel día de 1945 fue la "Gloriosa Revolución de Octubre". Este acontecimiento, con toda su carga de

(*) Profesor titular. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Los Andes.

significaciones y representaciones, siempre ha estado en Venezuela al servicio de la Historia Oficial, de la ideología oficial. Incluso historiadores, intelectuales, académicos, políticos en lugar de interrogarle, se han apropiado del discurso octubrista; en lugar de entender sus mecanismos, han calcado al pie de la letra y reproducido los esquemas, las creencias, las interpretaciones y hasta el lenguaje transmitido por la historia octubrista oficial. Por su parte, las propias fuerzas políticas contrarias a AD tampoco establecieron diferencias, más bien se identificaron con los ideales primarios de la Revolución de Octubre. En el deseo de calmar la angustia sobre la contingencia de los orígenes, de encontrar una fecha verdaderamente fundacional para nuestra modernidad, que ya ni siquiera lo es 1936, todo mundo se hizo octubrista en el país. Aquel 18 de octubre con todo y su trienio dejaron de ser monopolio de AD para convertir progresivamente, con mucho más fuerza luego de 1958, sus representaciones, sus valores y sus prácticas de captación popular (que no las del canibalismo político y el sectarismo imperante en aquellos años, eso se corregiría luego) en un imaginario nacional.

Apartando todos estos bemoles de ocultar o magnificar fechas, propios a toda visión acomodaticia de los procesos históricos, me parece importante descubrir la contribución del trienio a la formación del imaginario político venezolano, a través del desmontaje de los mecanismos con que éste fue construido. No se trata acá, entonces, ni de celebrar ni de denigrar. Aún mejor, se trata de comprender cómo se ha formado ese inmenso complejo de representaciones, actitudes, creencias y prácticas concernientes a una cierta manera de hacer política y de interpretarla. Tampoco se trata, y acláremoslo de una vez, de historiar el trienio. ¿De qué se trata entonces? De describir los momentos del imaginario octubrista e identificar sus mecanismos de manera de poder explicar sus formas de funcionamiento, las claves de su trascendencia y, por qué no, también, reconstruir sus aventuras paradoxales. Haciendo esto, ligamos más la materia de este artículo a la reflexión política que a la reflexión histórica. O, puesto en otras palabras, tratamos un problema político dentro de un período histórico.

En esta dirección, resaltaremos algunas cuestiones o materias que conciernen a la función del lenguaje en eventos políticos como el 18 de octubre y luego: Las funciones imaginarias y simbólicas del discurso octubrista, las interacciones entre Poder y Lenguaje en un marco considerado revolucionario por sus propios actores, el rol constitutivo del lenguaje, el paso de (y la relación entre) lo imaginario y lo simbólico. Si este acontecimiento significó -para usar una interpretación poco contestada por la historiografía nacional- la entrada de las masas a la escena de la historia y la política; entonces, es necesario explorar las condiciones de esta entrada, su efecto sobre la transformación de la comunicación política. ¿Cómo se canaliza ese arsenal de palabras escritas y

habladas dirigidas a captar y expresar las opiniones y aspiraciones populares?, ¿sobre que sustrato común se produce esa proliferación de mítines, escritos de prensa, debates parlamentarios, campañas electorales, manifiestos, cartas, alocuciones oficiales, ahora en condiciones de sometimiento al arbitraje popular?

El 18 de octubre no sólo es importante por la presencia en las calles de las masas de un partido supuestamente popular antes de acceder al poder – que de hecho no lo era como pondremos en evidencia más adelante. Hecho negado, *inclusive, por el propio discurso histórico oficial: no fue “a impulsos de una arrolladora marea de pueblo armado como llegáramos al poder”.*¹ El 18 de octubre es importante, decíamos, por las nuevas representaciones de lo nacional-popular que su discurso construye. Es importante por magnificar a la vez un orden de la acción y de la representación políticas como base de una nueva cultura. En este artículo no nos interesa juzgar si los cauces seguidos o los elementos de la nueva cultura política han sido positivos o nefastos, han tenido consecuencias ejemplarizantes para los venezolanos o no. El hecho es que el discurso octubrista creó fundamentos, los puso en práctica y los transmitió y, como tal, la sociedad venezolana los compartió y asimiló.

El examen de los mecanismos de este compartir y asimilar del lado popular es lo que interesa en las páginas que siguen. Para articular nuestros argumentos dentro de este ejercicio de pensar las relaciones entre lenguaje y poder, a propósito de la llamada “Revolución de Octubre”, es muy importante desmontar el repertorio discursivo y simbólico octubrista, de manera de hacer transparente aquellos componentes que lograron implantarse en la conciencia colectiva. El poder del dominio discursivo-simbólico va a trascender el propio 24 de noviembre de 1948, para pasar a inscribirse en la conciencia de los venezolanos.

II. EL IMAGINARIO POLITICO OCTUBRISTA

¿Cuáles son aquellas significaciones y representaciones más importantes introducidas por el discurso octubrista en las creencias de los venezolanos?, ¿Sobre qué bases se construye la coherencia de su imaginario político? Un acontecimiento como el 18 de Octubre, que sustituye un orden político por otro, produce una fragmentación de intereses e identidades sociales que es

¹ Betancourt, R., *Venezuela política y petróleo*, editorial Senderos, Caracas, 1967 (1956), p. 235.

necesario reconstruir para poder “inscribir imaginariamente”² entre los diferentes sectores y proyectar en el tiempo los resultados de la acción. Esto lo hará el discurso de la JRG a través de por lo menos tres mecanismos: Construcción de identidades populares, institución de la “Democracia Efectiva” y “Nacionalismo Económico”.

1. La Construcción de las identidades Populares

Escasas veinticuatro horas después de instalado el nuevo gobierno y en su primer Comunicado,³ al son del renuente “tableteo de las armas automáticas”, se anuncia el “triumfo alcanzado por el Ejército y el Pueblo unidos contra el funesto régimen político que venía imperando en el país”. ¿Qué significado contiene este anuncio, qué imagen evoca? El pueblo se convierte desde ese mismo momento, y durante muchas décadas, en actor transparente (a pesar de la opacidad del término) suma indistinta de las mejores voluntades. ¿Su composición? “La determinante mayoría de los venezolanos” (la expresión es de Betancourt): Estudiantes, Obreros, Campesinos, Maestros, Profesionales, Sindicatos, Federaciones Industriales. En breve, “los hombres de blusa y alpargatas”.

Se comienza a construir la identidad de esa “determinante mayoría” y haciendo esto se construye también un imaginario que además de negar las identidades del pasado busca solucionar una de las variantes del “dilema

Octubrista”:⁴ ¿Cómo fue posible que demócratas confesos “de firmes convicciones civilistas -según Betancourt- y aprensión no disimulada por el hombre de uniforme”,⁵ llegasen al poder por la vía del hecho de fuerza en combinación con un grupo de militares? Dejemos el tratamiento del “dilema” en cuan-

2 El concepto de inscripción imaginaria es introducido y utilizado por Laclau, E. “Populismo y transformación del imaginario político en América Latina”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, CEDLA, No 42, Amsterdam, junio, 1987, p. 20. Para la aplicación de este concepto al caso venezolano ver mi *Imaginario político venezolano (Ensayo sobre el trienio octubrista, 1945-1948)*, Alafadil editores, Caracas, 1992.

3 “Comunicado del Gobierno Provisional a la Nación”, (19.10.45), en Suárez, N. (Comp., introducc. e índices), *Programas Políticos Venezolanos de la primera mitad del Siglo XX*, UCAB, Caracas, 1977, tomo II, p.70.

4 La expresión es de Castro Leiva, L. *El dilema Octubrista, 1945-1987*, Cuadernos Lagoven, Serie Cuatro Repúblicas, Caracas, 1988. Sobre el punto de la constitución de una identidad, ésta siempre estará basada sobre la exclusión de aquella la cual niega.

5 Betancourt, R. “El caso de Venezuela y el destino de la democracia en América”, en *Cuadernos Americanos*, Año VIII, Vol. XLVI, No.4, México, julio-agosto, 1949, p.37.

to a su componente legitimador para la segunda parte, porque las inconsecuencias de la acción política se van a resolver también construyendo representaciones imaginarias y simbólicas. Lo importante para nuestros lectores es que

“se inició entonces en Venezuela una etapa de profundas transformaciones económicas, políticas y sociales. El país avanzaba a saltos, quemando etapas, como quien libra una batalla contra el tiempo, ansioso de recuperar los años interminables de estancamiento, durante la dictadura, y de moroso desplazarse en la década de gobiernos pseudo-democráticos”.⁶

Poco importaba que estas “profundas transformaciones” se truncasen el 24 de noviembre de 1948, antes de comenzar a dar sus frutos. Imperativamente tendría que reconocerse en el futuro que en escasos tres años -continúa nuestro interlocutor- “se echaron las bases de una Venezuela de nuevo signo animada de un entusiasta ímpetu creador”.⁷ Basta con esto. Basta con que sus objetivos se arropasen con atuendos simbólicos como el “entusiasta ímpetu creador”, o como aquellos más moralizantes de la “angustia patriótica y voluntad de servicio”, para fundar un estilo y un lenguaje. O mejor aún, para fundar una etapa de la sociedad a través de un nuevo lenguaje. Esto está claro desde los primeros momentos en el poder (¿y, mucho antes, quizás?):

“Nosotros estamos ensayando un estilo político nuevo en Venezuela ... el estilo ... de la sinceridad con nuestro pueblo y de la franqueza para hablarle a nuestro pueblo”.⁸

El imaginario político y el discurso del poder se construyen, de esta manera, a partir de una identidad colectiva, difundiendo símbolos colectivos: El Pueblo, quien se convierte en actor imaginario único de la Revolución. No serán todos los venezolanos los que marquen la pauta, sólo serán unos: los del pueblo, “para que sean sus hombres y mujeres quienes señalen los rumbos colectivos”.⁹ La Junta Revolucionaria asume íntegramente los Poderes Ejecutivo y Legislativo “con el asentimiento popular”.¹⁰

6 Ibid, p.42.

7 Ibid, p.47.

8 Betancourt, R. *Trayectoria democrática de una Revolución. Discursos y Conferencias pronunciados en Venezuela y en el exterior durante el ejercicio de la Presidencia de la J.R.G de los E.U. de Venezuela*, Imprenta Nacional, Caracas, 1948, p.8.

9 Rangel, D. A., “La explicación histórica de la Revolución Venezolana”, en *Cuadernos Americanos*, Vol. XXXIII, Año VI, No 3, México, Mayo-Junio 1947, p.16.

10 Decreto No 1, en *Decretos, y Resoluciones de la J.R.G*, Imprenta Nacional, Caracas, 1946, tomo I, p.7

Esta primera identidad de lo popular entre sí y en su relación con el nuevo orden político origina el primer bloque: Gobierno del Pueblo. El discurso del poder insistirá mucho, ante el todavía latente problema regional (léase tachirenses) de la política criolla, en el componente nacional de la identidad. ¿Cómo lo haría? Usando giros patrióticos, venezolanistas precisamente a la hora de dirigir su palabra a receptores como el mismo pueblo del Táchira. La oferta del gobierno es la “integración venezolana”,

“Porque en una misma mesa modesta de Miraflores se escucha el habla cantarina del zuliano, la palabra pausada del andino, la voz dicharachera del hombre de la costa o del llano, todas con un mismo diapasón de amor hacia la Patria, todas con una misma pasión venezolanista”¹¹

En otro sentido, se cuidará mucho el discurso del poder en difundir un cierto optimismo que se opondría al pesimismo de los sociólogos positivistas en relación a las potencialidades y capacidades del pueblo. Será Betancourt, ya convencido desde mucho antes de su filiación y fe popular: “estuve, estoy y estaré con el Pueblo y frente a sus enemigos históricos”,¹² el más elocuente difusor del discurso sobre las capacidades para organizarse económica, política y socialmente del hasta entonces relegado pueblo. Su conclusión no se presta a dudas: “Se equivocaron en absoluto los sociólogos pesimistas”. La experiencia iniciada el 18 de Octubre demostraba que

“somos un pueblo que puede ser gobernado impersonalmente, no por régulos imperiosos, no por gente despótica ... Somos un pueblo cuyo Ejército no sirve ya a hombres, sino que está dispuesto a respaldar las Instituciones. Somos un pueblo que está irrevocablemente resuelto a encontrar su propio camino, que está dispuesto a hacer su propia historia”.¹³

La pasividad del pueblo, su desintegración, el pesimismo sobre su capacidad para ser autor de “su propia historia” se acabarían con el advenimiento de la Revolución de Octubre. De allí en adelante: no más actitudes contemplativas “ante el pasado, quemando incienso ante los retratos de los libertadores y comportándonos como nietos indignos de ellos”

Este optimismo será reforzado por otras dos identidades: Pueblo-Partido (AD) y Pueblo-Ejército. Continuemos.

11 Discurso de R. Betancourt en el Táchira, 14.12.45, en *Trayectoria*, op. cit., p.20.

12 Cita en Siso M., J. M., “Semblanza de un político popular”, en *El País*, Caracas, 15.2.48.

13 Conferencia de Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional en el inicio del curso de alfabetizadores de adultos, 29.12.45, en *Trayectoria*, op. cit., p.287.

Desde la entrada de AD a la arena política nacional, amén de sus antecedentes de los días de la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI, 1931) o de aquéllos de 1936, nace como el “Partido del Pueblo”. No porque en realidad lo fuese, sino utilizando la connotación para construir su propia identidad política. A lo que se añadía un cierto matiz voluntarista: “Nuestra resolución de mantener reivindicaciones populares y nacionales”.¹⁴ Lo popular-nacional va a estar, pues, presente desde los días de 1941, aquellos de la culminación del sueño. Cuando al fin se le pudo señalar al pueblo de *viva voce* que ya tenía su Partido. El condimento voluntarista será justificado en términos gráficos por quien de ahora en adelante sería su máximo líder:

“Lo popular venezolano, que andaba buscando cauce y expresión política, ha incubado este Partido y lo ha echado a andar por todos los caminos de Venezuela”.¹⁵

Se define así lo que será su gran tarea: Gesta articuladora de las mayorías venezolanas, para ayudar a la “nacionalidad a redescubrirse”. Cuatro años después, en funciones de poder, ni una línea cabría quitar -y muchas añadir- a la identidad original. Si se insistió desde la oposición, desde aquella minoritaria oposición, en la identidad PARTIDO-PUEBLO, ¿Qué esperar ahora al frente de la dirección del Estado y en la Jefatura de un Gobierno Revolucionario integrado por muchos adecos, por pocos -¡muy pocos!- militares y por un solo independiente que de paso simpatizaba con el Partido? Para responder algo, podría decirse: al menos seguir fieles al ideario inicial. Y en efecto así ocurriría. A partir de la “Gloriosa ...” se crea una suerte de equivalencia espontánea (PARTIDO-PUEBLO), independiente de todo principio y doctrina, anterior a todo razonamiento, y sin embargo empezada a construir desde los días de “NI UN SOLO DISTRITO, NI UN SOLO MUNICIPIO, SIN SU ORGANISMO DE PARTIDO” (1941), entre el discurso revolucionario, los nuevos valores de la nación y las Instituciones política y moral encargadas de realizar y defender estos valores: El “Partido del Pueblo” y el “Gobierno del Pueblo”, respectivamente. Esta equivalencia transforma simbólicamente a AD de organización política minoritaria, con militantes más o menos aislados a lo largo y ancho del país, unidos sólo por tres Convenciones Nacionales realizadas desde 1942 (la III y IV Convención se celebraron durante el mismo año 1945, 22.5 y 6.10, respectivamente, a propósito de y para aprobar, más que discutir, los puntos de la crisis que estalla-

14 Discurso de Betancourt en el Acto de Instalación de AD, 13.9.41, en Suárez, N., op. cit., p.19.

15 Betancourt, R. “Acción Democrática hará historia”, en *Ahora*, Caracas, 5.9.41, p.1.

ría el 18 de Octubre siguiente) en un inmenso ser colectivo: El Partido del Pueblo.¹⁶

La otra identidad referida es aquella: Pueblo-Ejército. Ambos fueron protagonistas del 18 de Octubre. En rigor, más el segundo que el primero. Uno a través de AD, el otro de la Unión Patriótica Militar (UPM). “Contra ese régimen insurgieron unidos Ejército y Pueblo”, será una afirmación jamás abandonada por Betancourt. Es que en política no se pueden olvidar los factores de poder y su correlación de fuerzas. A pesar de este postulado conocidísimo de Betancourt se olvidaron algunos de ellos -o, quizás, no se quiso o no se pudo entender sus intereses- y el resultado fue aquel 24 de noviembre.

Si bien en la historia venezolana, pueblo y ejército habían transitado por aceras opuestas, en el sentido de la orientación que le imprimían sus jefes a éste último; el 18 de Octubre vino a unir sus senderos así fuera sólo durante los días y las horas de un trieno. La insurgencia de la oficialidad militar contra el medinismo fue respuesta a sus precarias condiciones socio-económicas y al bloqueo institucional a que estaban expuestos. Digamos esto para ni siquiera tener que insistir en unas escuetas “Bases Programáticas” escritas en 1945 por los mismos de la UPM, donde proponen un orden de cosas compuesto por trivialidades como “la honradez, la justicia y la capacitación”. En estas condiciones de pobreza programática, buscan contacto con AD por ser la única fuerza política organizada que hacía oposición al gobierno de Medina y juntos encarnan la insurgencia contra un régimen considerado como “repudiado por la conciencia de todos los venezolanos libres” (la expresión es usada repetidamente por Betancourt).

16 Nuestra tesis es que AD es un Partido minoritario antes del 18 de Octubre. Se hace un Partido de masas desde el Poder que no es lo mismo ni se escribe igual. Baste observar “la terca realidad de los hechos” en los resultados de las elecciones municipales de Octubre de 1944, las últimas presididas por el medinismo, que con todo y la limitante de ser de 2º grado, restringidas a los adultos masculinos y alfabetos, allí AD sólo gana dos Distritos en todo el país (Distrito Bolívar en el Zulia y un Distrito en Carabobo) y algunas Parroquias en el Distrito Federal. Y si con todo y esta evidencia, sobre la minoría política de AD antes del 18 de Octubre, el lector frunce el seño en gesto de duda. Recurramos al propio Betancourt para que nos dé su estimado sobre la militancia del Partido “antes” y “después”. En “El caso de Venezuela ...” (artículo citado), señala Rómulo “y aún cuando los cuadros mismos de nuestra militancia no abarcaban más allá de unos cien mil miembros ...” (p.36) refiriéndose a antes del 18 de Octubre. “Después”, para 1948 en discurso del 25.5.48, habla del Poder del Partido: medio millón de afiliados, control del Ejecutivo y del Congreso, de los Sindicatos (El Nacional, 25.5.48, p.14). La interpretación de esta multiplicación de su militancia es libre. De la fuerza de la creencia sobre una supuesta mayoría política de AD “antes”, dará cuenta un social-cristiano, furibundamente anti-adeco, Rodolfo José Cárdenas, cuando en su libro *Combate Político* se muestra “contra la tesis de que AD se hizo grande porque fue al gobierno ...” (p.22)

Así las cosas, lo demás, la construcción de la identidad vendría por sí misma. Habiendo sido excluida la identidad que se negaba, “el régimen... repudiado...”, la Revolución de Octubre se habría llevado a cabo, entre otras cosas, para “devolver al pueblo su soberanía...”, y en su triunfo tuvo un sector de las Fuerzas Armadas parte decisiva. Ahora pueblo y ejército se empeñarían en sostener sus rumbos. Sólo que los últimos lo hicieron hasta aquel noviembre dejando a los primeros a la deriva.

Esta triple identidad, en resumen, Pueblo-Gobierno; Pueblo-Partido; Pueblo-Ejército, constituye imaginaria y discursivamente a los portavoces supremos de la “Gloriosa Revolución de Octubre”. El énfasis sobre la vigilancia que estos sujetos habrían de mantener sobre la gestión revolucionaria era obvio. Sólo ellos podrían combatir y detener sus enemigos. Dejemos que sean las propias palabras del líder máximo del Partido, Jefe del Gobierno Revolucionario y depositario de la voluntad conspirativa de la oficialidad armada, las que concluyan este primer componente del imaginario político octubrista poniendo en evidencia las bondades de la identidad entre los hombres de blusa y los de uniforme:

“Tenemos la convicción de que el día en que se presente la menor agrietadura en este bloque sólido formado entre ejército y pueblo, estamos perdidos”¹⁷

2. *La institución de la “Democracia Efectiva”*

Una de las fijaciones discursivas y simbólicas que encontramos permanentemente en los textos estudiados, es aquella de la “Revolución Popular y Democrática del 18 de Octubre”. Si bien ya hemos dado cuenta, en las páginas anteriores, del imaginario construido en torno a lo popular y sus identidades; pasemos ahora al segundo término de la ecuación: lo democrático.

¿Cuáles son los componentes del imaginario democrático?, ¿Cómo se le dá sentido a la expresión “Democracia Efectiva”? Los tres grandes ejes sobre los que se construirá durante todo el trienio el imaginario democrático son: sufragio universal, moralidad administrativa y despersonalización del ejercicio del poder. Los tres producen los objetivos revolucionarios para alcanzar la superación política, moral y administrativa del país. Pero debemos situarnos muy lejos de la idea de que estos constituyen la doctrina de la Revolución.

17 Discurso de Betancourt, Noviembre de 1945, en *Trayectoria*, op. cit., p.48.

Resaltemos una vez más que el 18 de Octubre fue una acción política al servicio de una doctrina: la de AD. Lo que equivale a decir que fue la revolución adeca. Desde 1941 se venía insistiendo sobre los lineamientos que “fueron posteriormente los pivotes sobre los cuales se insertó nuestra obra de Gobierno”.¹⁸

Sufragio Universal

La nueva organización política del Estado descansaría en el principio de la representación de la voluntad popular. Y esto no podría realizarse sino mediante la instauración del sufragio universal que además sería el único garante de la provisionalidad del gobierno revolucionario y el mecanismo capaz de proveer novedosamente los cargos del Poder Ejecutivo y Legislativo. Los términos verbales de la cuestión son expresados de la siguiente manera:

“Esta Revolución ha sido hecha para devolver al pueblo su soberanía. Falsearíamos, en consecuencia, la razón de ser histórica de este movimiento si pretendiéramos prolongar artificialmente el orden político provisional existente en el país”.¹⁹

Además de ser una obligación contraída por AD con su militancia es, según Ramón J. Velásquez, “el reclamo del país” en la década de los 40. Pero, hay algo más, como agudamente lo interpreta Castro Leiva: el voto universal no sólo era aspiración sentida y expresada; también era un mecanismo de realización moral de la República que no sería tal “si no descansa en toda y la mejor voluntad, la general ...”²⁰

A lo que podría añadirse. Lo moral al ser terreno de lo normativo, del “deber ser”, sirve para justificar, para definir, y también sirve para sembrar creencias y prescribir intereses a los agentes sociales. Este desplazamiento de sentido de lo moral (no sólo restringido a la acción humana en toda su amplitud, como en el credo Independentista) hacia la acción política, se convertiría a su vez en parte del imaginario colectivo, de las creencias colectivas que imperaron en aquella “fibra abuela” venezolana. El testimonio a posteriori del mismo Velásquez, sobre las virtudes morales del sufragio universal, a pesar de

18 Betancourt, R. “El caso de Venezuela...”, op.cit., p.34.

19 Alocución a la Nación del Presidente de la JRG, Rómulo Betancourt, el 30.10.45, en *Trayectoria*, op. cit., pp. 6 y 7.

20 Castro Leiva, L. op. cit., p.66.

convertirse con la madurez que imparte el paso de los años en “bella ingenuidad” retrata todo un importante componente del imaginario ético-político venezolano,

“Yo recordaba en días pasados como todos los venezolanos de 1945, creíamos en el voto universal como el milagro de la purificación nacional”.²¹

Habría que precisar que este reclamo, esta creencia en el voto universal, encontraba arraigo sobre todo entre el mundo urbano. El campesinado y otros integrantes de la población rural estaban todavía muy ensimismados en la rutinaria dinámica de su entorno social: el caserío, el pueblo, el conuco, la pulpería... como para imaginar -y mucho menos aspirar o creer- en esas sofisticaciones morales propias de la modernidad política. Le faltaba organización y el combustible anímico de la agitación, de la creación y defensa de unos intereses, para romper con una estructura económica, social y espiritual heredada del ancestro indígena. Eso no habría de olvidarlo la Revolución de Octubre bajo ningún motivo. Al contrario, lo tendría muy presente pues en Venezuela no se ganan elecciones con sólo los votos urbanos. El *mot d'ordre* revolucionario sería no solamente limitar ante los sectores urbanos la insistencia en restaurar la soberanía popular. Habría que insitir también, y con mucho más fuerza, ante el campesinado mediante la prédica de la redención de la mayoría rural. Y así fue. De esto podrá jactarse el discurso revolucionario en los siguientes términos:

“El campesino dejó de ser un pobre agricultor y se convirtió en el militante victorioso del sindicato porque la Revolución fue a las puertas de su rancho a decirle: Usted es un ciudadano de Venezuela con tanto derecho a exigir reivindicaciones y a reclamar por justicia social, como el más encrespado y el más esclarecido de los burgueses...”.²²

Con esta representación discursiva, justamente tres años después del 18 de Octubre, se dejan claras dos cosas: 1. La organización política del campesinado (“militante victorioso del sindicato”); 2. Su constitución como sujeto político a quien se le señalan más “Derechos” que deberes. Luego este imaginario recibiría su retoque simbólico con aquello de la “Redención del campesino”.

Redimido el pueblo urbano y el rural, el sufragio universal se convertiría para los revolucionarios en un punto estratégico de importancia capital y no

21 Velásquez, R. J., “Evolución política en el último medio siglo, 1926-1976”, en *Venezuela Moderna*, 2a edición, Ariel, Barcelona, 1979, pp.75-76.

22 Intervención de D.A. Rangel en la Cámara de Diputados, *El País*, Caracas, 19.10.48.

porque ganando las elecciones se legitimara su poder; lo más importante era que quedarían ante la historia como los protagonistas de esta redención. Por cierto, signo de un nuevo espíritu de los tiempos: el de la modernidad. Y ni para qué insistir en lo que llegó a convertirse en ritornello del discurso revolucionario: Cuando el sufragio del pueblo “se ejercita masivamente, anula la prepotencia de las camarillas” (Domingo Alberto Rangel). De esta manera, las funciones múltiples del sufragio (moralización de lo político, democratización del Estado y la sociedad, encarnación de la voluntad general, legitimación del Poder) influirán decisivamente en la definición de las reglas del juego político y en la conformación del imaginario de varias generaciones. El comportamiento de los actores políticos será su prisionero y en el campo de las representaciones, de los ritos y modos de acción se revelará la eficacia de este tipo de sufragio.

Un primer eje de la “Democracia Efectiva” había sido izado: el del sufragio universal. Los venezolanos tendrían, según Betancourt, la oportunidad de apreciar una de sus virtudes: “desechar la azarosa senda de las asonadas y dirimir la cuestión del poder por la sola vía pacífica y civilizada del sufragio”.²³ Si bien permitiría este cambio, por lo demás muy importante, de la “azarosa senda...” a la “vía pacífica y civilizada...”; lo no dicho hasta ahora es el papel articulador entre la Sociedad y el Estado que el sufragio va a cumplir. Este se convertirá, en cuanto mecanismo de articulación de los sectores populares, en obsesión legitimadora como lo mostraremos en la segunda parte. En otro sentido, el sufragio universal trascendió las fronteras de sus propias circunstancias doctrinales, porque contribuyó aunque transitoriamente a la derrota de las tesis sociológicas evolutivas de los gobiernos anteriores, las que irían a renacer con algunas variantes durante la década militar. Y esa derrota no podía sino dejar intensa huella en el hombre de la “acción realista”, divorciado como lo estaba desde hacía ya largo rato de la idea del tránsito gradual de las sociedades,

“Al insacular el voto, como un ciudadano más de Venezuela, experimenté la más honda emoción de mi vida pública”.²⁴

Esta emoción también acompañó hasta hace unos lustros a todos los venezolanos mayores de 18 años: alfabetos o no, masculinos o femeninos, en funciones de vida pública o privada. Se acabaron desde aquel octubre las masas desarticuladas del Estado; y desde 1958 todos los ciudadanos concurren cada cinco años, con igualdad de derechos, a formar y decidir los destinos nacionales. ¡Bella ingenuidad!, diría Ramón Velásquez. ¡Dramático balance!, agregaríamos.

23 Mensaje del Presidente de la JRG al Congreso Nacional, 12.2.48, en *Trayectoria*, op.cit.

24 Betancourt, R, *Venezuela, Política y...*, op. cit., p.263.

Moralización Administrativa

El discurso octubrista busca desde sus primeros momentos fijar un sentido a los gobiernos que le antecedieron, bajo la versión de que la cosa pública fue encontrada llena de vicios y corruptelas originados en los años de la dictadura gomecista y de las administraciones posteriores. La misión del gobierno revolucionario sería: adelantar un plan mínimo de realizaciones destinado, entre otras cosas, a atemperar los efectos de los vicios que ya se hacían sentir preocupantemente sobre la nación.

Puesto en términos de la gramática política octubrista, la “finalidad básica” del movimiento es “liquidar, de una vez por todas, los vicios de administración, el peculado ...”.²⁵ Semejante objetivo estaría seguido por una cascada de medidas que no dejarían duda alguna sobre su ejecución. En “inexorable labor profiláctica”, se eliminan partidas secretas en ministerios, se giran instrucciones a los gobiernos estatales, se impone a los funcionarios públicos desde los de alta Jerarquía, comenzando por los miembros de la JRG y los ministros, presentar declaración jurada de bienes ante un juez al inicio y cesación de sus funciones. Sin faltar, *of course*, la institución de organismos que permitieran el uso de “agua y jabón en el manejo de los dineros públicos” (expresión de Betancourt). Una Comisión Calificadora de Funcionarios Públicos elaboró una lista con los ex-empleados del Estado a quienes se les había congelado sus valores, créditos y dineros en bancos y otras instituciones. En complemento, se constituyó el 27.10.45 un “Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa” al que calificó el ex-presidente Medina en “Manifiesto” enviado, meses después, desde su exilio newyorkino, como “tribunal de infamia para escarnercer la justicia”.²⁶ El cual se encargó de juzgar los presuntos culpables de peculado. Luego le correspondería al gobierno de Gallegos poner fin a esta cadena institucional, para moralizar la administración, con la promulgación de una “Ley contra el Enriquecimiento Ilícito de Funcionarios Públicos”. Esto en lo que respecta al tratamiento institucional. Nos interesa ahora, ¿Cuál fue el sentido político inscrito por estas medidas?

Venezuela tuvo, a raíz del 18 de Octubre, su versión tropicalizada de la *terreur* en la Francia Revolucionaria. Esta fue constituida por los “Juicios de Peculado”, cuyas “monstruosas sentencias” (expresión del ex-presidente Medina Angarita) recayeron sobre quienes según el “Jurado ...” habían incurrido en manejos dolosos de la res-pública (172 personas en total). Por supuesto, allí se incluyeron los “peces gordos” de la Venezuela de “antes” (la pre-octubrista).

25 Alocución de R. Betancourt, 30.10.45, en *Trayectoria*, op. cit.

26 *El Universal*, Caracas, 23.1.47, p.1.

Se cometieron los excesos de rigor que luego harían que la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) nombrara una Comisión de amplia composición, y no sólo blanca, ante la que apelarían los inculpados. Se rectificó, así como ratificó, sobre numerosos casos.

Nuestro *terreur* tropical tuvo distintos efectos. Con la intención de “profilaxis”, el gobierno revolucionario y AD se representaron y crearon la imagen ante la conciencia nacional de ser paladines de una cruzada de depuración moral en el ejercicio del poder, amén de su carácter represivo y diferenciador respecto a los vencidos. Nuestro *terreur* fue algo así como la recomposición moral, heredada desde aquellas medidas draconianas de Bolívar en 1819 contra los “beneficiarios dolosos del Tesoro Público”,

“La revolución de octubre vino a ampliar y a profundizar esa obra trunca de saneamiento moral de la República”²⁷

Si el sufragio constituyó un principio moral de la acción política; la batalla contra el peculado sería un ejemplo moral de cómo ejercer el poder sin confundir lo público con lo privado. Y en esto estaba absolutamente decidido el gobierno de octubre:

“Nosotros venimos resueltamente a ponerle el termocauterio de la sanción, a esa lacra purulenta de la Administración Pública que se llama Peculado”.²⁸

De la efectividad de esta “moralización” dará cuenta D.A. Rangel, cuando a escasos 7 meses del 18 de octubre anuncia la llegada a la meta: “En los planos de la moral colectiva, la Revolución ha erradicado el vicio del peculado ... La lucha contra el peculado ha sido el triunfo más rápido y completo ... y no es presumible que renazca el peculado porque se han sancionado severos instrumentos legales ...”.²⁹

Por supuesto, los garantes de esta moralidad serían los propios revolucionarios. ¿Si no, dónde radicaría la efectividad del imaginario moralizador, arquetipo del hombre octubrista? Betancourt en primera fila, con aquel lenguaje de la transparencia revolucionaria y moralizadora en que hablara Robespierre, reforzaría la imagen ante el país y sus representantes legítimos. Primero, por ser el Jefe del Gobierno; segundo, por haber administrado, en sus algo así

27 Betancourt, R., “El caso...”, *op.cit.*, p.47.

28 Betancourt, R., Discurso del Táchira, 14.12.45, en *Trayectoria*, *op. cit.*, p. 9.

29 En “Explicación ...”, *op.cit.*, p.18.

como 28 meses al frente del Estado, los presupuestos más altos de nuestra historia hasta ese momento,

“Y hoy, en vísperas de la terminación de nuestro mandato, podemos decirle al país, erguida la frente y serena la conciencia ... No hemos aumentado nuestro peculio privado, sino por el contrario casos hay en que comido está de deudas”.³⁰

La convicción moral de haber permanecido alejado del peculado en ejercicio del poder, es reforzada luego del 24 de noviembre en términos más patéticos. Las imputaciones de la Junta Militar, según las cuales AD habría desfalcado el presupuesto nacional en beneficio personal, encuentran en Betancourt respuesta fulminante:

“Estoy dispuesto a ser fusilado si se me prueba que yo he manchado mis manos con los dineros del pueblo. Salí del poder como entré: Pobre. Tan pobre como hoy. Tan pobre como mis compañeros de jornada. Tan pobre como Rómulo Gallegos. Tan pobre que tendré ahora que ganarme la vida precariamente como periodista”³¹

Betancourt viene a encarnar algo así como el “nacé desnudo y moriré desnudo” bolivariano. En este ayer, el ejemplo fue dado y con palabras se dijo. Con tal resonancia que sirvió de justificador de medidas que algunos consideraron excesivas. Pero también el ejemplo infló el imaginario colectivo con una imagen moralizante y moralizadora, símbolo de una Nueva Venezuela que sólo se desmoronaría tres décadas después en la “Gran Venezuela”.

3. El postulado del “nacionalismo económico”

En funciones de poder, se moderarían las otroras estridentes denuncias de Betancourt, en sus escritos de prensa, contra los imperialistas “explotadores de nuestro país con todo y su hipócrita, espaciosa máxima: ‘el bienestar de la humanidad en el mundo entero’”.³² También bajarían de tono sus gritos en la

30 Mensaje al Congreso Nacional, 12.2.48, en *Trayectoria*, op.cit.

31 Entrevista con el periodista cubano Raúl Roa, “Rómulo Betancourt, el combatiente”, en *Bohemia*, La Habana, Febrero, 1949. Texto incluido en R. Betancourt, *Pensamiento y Acción*, (Recopilado y editado por miembros de AD en el exilio), edit., e impr. Beatriz de Silva, México, 1951, p.70/subrayado nuestro.

32 “Nelson Rockefeller está en Venezuela”, *Ahora*, Caracas, 23.3.39, en *Problemas Venezolanos*, 1940, p.48.

plaza pública sobre “lo que se llevan y lo que nos dejan las compañías”. Para obtener la buena pro del Departamento de Estado y de consorcios como la Standard Oil, era necesario llegar a arreglos comprensivos entre el gobierno revolucionario y la industria petrolera en manos de las compañías explotadoras del mineral. Los tiempos del trienio eran favorables para este tipo de arreglos: aumento del consumo mundial de petróleo en la postguerra, incremento de la producción petrolera nacional, elevación de los precios del barril y de los ingresos petroleros; todo lo cual desemboca en un sustancial incremento del presupuesto nacional, ergo del gasto público. La situación del Estado rentista,³³ propietario del subsuelo petrolero es, pues, satisfactoria. Lo mismo cabría decir del lado de las compañías.

Luego de octubre, se insiste en el “nacionalismo económico” en tanto componente del nuevo orden. Quienes más radicalmente se van a referir a este postulado serán precisamente los del ala “izquierdista” de AD. Es decir, aquellos que pensaban que el 18 de octubre no era sino un eslabón más en la cadena hacia el socialismo: D.A. Rangel, L. Lander, P. B. Pérez Salinas, Ruiz Pineda, A. Carnevali, R. Quijada, entre otros. Por lo que atañe a Betancourt, ya conciente “de que no era la tesis comunista ni el Partido Comunista lo indicado para conducir a la meta de mis afanes de revolucionario convencido...”,³⁴ hablará más bien reposadamente de la recuperación de una economía propia, de exigir para la nación una participación adecuada en el producto de la industria petrolera...

Incluso aquellas posiciones intransigentes de AD, en materia petrolera, como la del “voto salvado” ante la Reforma a la Ley de Hidrocarburos de 1943, son ahora matizadas:

1. Adoptando el gobierno revolucionario este mismo instrumento jurídico, fuertemente enjuiciado anteriormente en el Congreso Nacional por el portavoz betancouriano: Pérez Alfonso;
2. Se hablará en materia petrolera de “una política realista y definida”, sin coquetear “con la nacionalización por decreto de esa industria”.

Pero esa imagen nacionalista de AD: “Venezuela Primero”, “La Revolución Democrática y Antiimperialista”, “Por una Venezuela Libre y de los Ve-

33 Sobre este concepto, Dávila, L. R., *Venezuela: El Aprendizaje democrático (Estudio Socio-Político del Período 1945-1948)*, Tesis Doctoral, inédita, Paris, 1986, pp.91-106.

34 Ratificación de su posición ideológica en la “Polémica” sostenida desde las columnas de *El País*, entre el 27.3. y el 3.4 de 1944, con Miguel Otero Silva. La cita es tomada de Siso Martínez, J. M. “Semblanza de un Político Popular”, *El País*, Caracas, 15.2.1948.

nezolanos”, reveladora de una radical posición en lo económico y en lo político exalta las pasiones e imaginaciones colectivas, impulsan a la acción. En cuanto gran animador de las luchas y banderas políticas de AD y sus ancestros, el nacionalismo económico no será abandonado por el imaginario revolucionario. Y, en rigor, nunca será abandonado hasta aquella nacionalización de 1976 simbolizada como “chucuta”.

¿En qué consiste el imaginario octubrista en relación al nacionalismo económico? En la representación de un tipo de relación entre el Estado venezolano, bajo la conducción de AD, y el capital extranjero (primordialmente el petrolero) donde el primero impone condiciones y saca provechos del segundo por la fuerza de su posición resueltamente nacionalista. Puesto en términos prácticos, esto se traducía en una enérgica política oficial dirigida a aumentar la participación de la nación en las ganancias de las compañías petroleras; cuyo producto era destinado, para hacerle coro al villancico popularizado en 1936, a “Sembrar el petróleo”. Todo se resumía a proyectar una imagen sobre el colectivo del tipo de relaciones que el gobierno revolucionario definiría entre el Estado y las compañías. Esto será fijado simbólicamente por uno de los radicales como “el problema del imperialismo”.³⁵ Betancourt hablaría mucho más equilibradamente de una conducta “de nítidos contornos nacionalistas y sin desplantes irresponsables”. O dicho con el giro idiomático propio de un Jefe de Estado: “Una política de intransigente custodia del patrimonio nacional”.

¿Qué decía el postulado octubrista sobre la nacionalización de la industria petrolera? Por supuesto que nunca se plantearía. Se nació como partido con vocación de poder y con voluntad venezolana, “pero no dijimos nunca que íbamos a nacionalizar el petróleo”.³⁶ En tono de ecuanimidad, señala D. A. Rangel la ausencia de una política nacionalizadora, “porque el país no está preparado para asumir el control directo de su industria fundamental ni son propicias las circunstancias internacionales”.³⁷

A lo cual añadirá Betancourt, a posteriori, un nuevo argumento: “No coqueteamos con la nacionalización ... porque en ello no podía pensarse en un país en el cual el 92% de las divisas extranjeras para el comercio exterior, provenían del petróleo”.³⁸ Con la guardia baja, se referirá Luis Lander al postulado octubrista como de un “sano nacionalismo económico ... Sin extremismos con-

35 Pérez Salinas, P. B., “Un ideario y una experiencia. Doctrina del partido ‘Acción Democrática’ de Venezuela”, en *Ciencias Políticas y Sociales*, No 3, UNAM, México, Enero-Marzo, 1956, p.36.

36 *Ibid*, p.37.

37 “Explicación ...”, *op.cit.*, p.18.

38 “El caso ...”, *op.cit.*, pp.47-48.

traproducentes, pero sí con firme decisión”.³⁹ La palabra más radical la expresará Ruiz Pineda, como intérprete del sentir nacional y fiel a la “consigna venezolanista de convertir la industria petrolera en riqueza nacional, incorporándola día a día a nuestro patrimonio público, como condición indispensable para la liberación económica del país”.⁴⁰

Con estas posiciones lo que se hace es darle continuidad a una tradición política que el lector debe tener presente. En la Venezuela contemporánea a pesar de los continuos gritos nacionalistas y antiimperialistas de sus dirigentes, ninguna de las organizaciones políticas de corte moderno, a partir del PRP de 1926, ha propuesto como punto programático la nacionalización de la industria petrolera. A lo sumo los comunistas de 1931, aquéllos de “la lucha por el pan y la tierra”, proponían en su enredado y extemporáneo lenguaje: La toma de las grandes empresas, fábricas, minas ... “y nacionalización de éstas para los obreros bajo el gobierno obrero y campesino”. Inútil buscar este ausente en los programas del PRP (1936), ORVE, PDN, AD, PCV, para no hablar sino de los partidos autocalificados de “izquierda”. Quizás una excepción la constituye el PRP (c) de 1947, al hablar en tono ambiguo “de la incorporación al patrimonio nacional de esa inmensa riqueza detentada por los trusts imperialistas”. Por otra parte, en los programas de los partidos bautizados directamente con el mote nacionalista (PAR-NAC, 1936 o Movimiento de Acción Nacionalista, MAN-1940) nunca aparecerá el planteamiento programático de la nacionalización petrolera.

Finalmente, *last but not least*, está el problema de la participación del Estado en el producto de la industria petrolera. Este punto fue el más aprovechado por los octubristas a la hora de penetrar las creencias colectivas. He aquí los términos del asunto. Se proyectó la imagen que gracias al agresivo y decidido nacionalismo revolucionario se consiguió elevar decisivamente la participación nacional en el negocio del aceite negro. Como es de suponer, se desconoció todo lo hecho al respecto por los regímenes del “antes”, principalmente lo adelantado por Medina. Habría que precisar que los mecanismos empleados para elevar durante el trienio esta participación, en dos oportunidades, hasta llegar a la fórmula bautizada simbólicamente como del “*fifty and fifty*” (50%-50%), ya habían sido diseñados e implementados por el gobierno anterior al 18 de octubre. Pero esto no se sabría. El discurso lo ocultaría acomodaticamente: Si la participación de la nación creció, no fue porque el “régimen del oprobio” labró la senda; tampoco por las favorables circunstancias internacionales. Nada de eso debía creerse,

39 “La doctrina Venezolana de Acción Democrática”, en *Cuadernos Americanos*, No 3, México, Mayo-Junio, 1950, p. 34.

40 “Petróleo: Patrimonio Nacional”, escrito periodístico incluido en sus obras, *Ventanas al Mundo*, Bibl. de Autores y temas Tachirenses, 2a edic. 71, Impr. Nacional, 1977, p.277.

“El factor determinante, de ese fenómeno fue la política fiscal nueva, garantizadora del interés nacional, que se puso en vigencia, aun cuando también influyó el incremento de la producción y el aumento en el precio del crudo y de sus derivados”.⁴¹

No obstante, tanto la política fiscal como el mecanismo empleado para hacerla efectiva eran ya *fait accompli* desde 1943: Aumentar la participación relativa del Estado a través del aumento de la tasa de impuesto sobre la renta. Sobre esto podría uno volver al famoso hallazgo que, según J. B. Fuenmayor, tuvo Betancourt cuando le quitaba el polvo y uno que otro retrato -sospechamos que dejaría el de Bolívar- al escritorio del derrocado Presidente Medina: Un proyecto de Decreto para cubrir la participación estatal del 50% del negocio en ciernes.⁴²

A esa misma repartición se llegaría con las Compañías en 1948, luego de tanta vociferación nacionalista. Lander la consideró “resultado magnífico”. Rangel interpretó lo que se hizo en esta materia hasta comienzos de 1947 como un “equilibrio entre las utilidades de las empresas inversionistas y la participación fiscal de la Nación”. Por su parte, Ruiz Pineda a pesar del aumento de los ingresos nacionales que significaba la política fiscal, insite en que

“esos nuevos impuestos no interpretan la deseada participación nacional en la explotación del petróleo”.

¿Cuál sería, entonces, esa “deseada participación nacional”? Si nos atenemos a la posición de Alberto Carnevali, respaldada por el sector radical del Partido, Pérez Salinas y el Buró Sindical, entre otros, lo del 50%-50% no era un desiderátum definitivo. En los debates del Congreso de 1948, con motivo de la fórmula del “*fifty and fifty*”, expresó Carnevali:

“Si conceptuamos que la situación del Comercio Internacional del Petróleo se torna más ventajosa, no tendremos ningún inconveniente en que se avance más en esa consigna de obtener cada vez mayor participación de la Nación en la industria petrolera”.⁴³

41 Betancourt, R., “El caso ...”, *op.cit.*, p.48.

42 *Veinte años de Política, 1928-1948*, Caracas, 1979, p.305.

43 Congreso Nacional, *Gazeta del Congreso*, Caracas, 28. 10.48, No 17, p.1019. Es curioso que Betancourt recibió y mantuvo en silencio este criterio de Carnevali (quizás por la crisis posterior) que de paso no se sabe si es criterio de Gobierno o de Partido. Sólo haría mención a éste, 30 años más tarde, citando el mismo párrafo en su discurso ante el Senado, 6.8.75, con motivo de la ley de nacionalización petrolera de 1976.

Entretanto, ¿qué decían las Compañías, aquellos socios olvidados de este imaginario nacionalista? En general se mostraron muy satisfechas por este arreglo que les obligaba a repartir sus beneficios por mitad. Tanto era que “los propios expertos en impuestos de la Creole, unidos a otros de la industria, cooperaron en la redacción de esa legislación ...”.⁴⁴ Y como para no evadir la fijación simbólica, los propios “expertos” bautizaron la nueva fórmula como “*Mr Proudfit’s fifty*”.⁴⁵ En complemento, desplegaron un dispositivo publicitario que promovía el arreglo por todo el Medio Oriente. La esencia de la alegría aceitosa era ponerle contractualmente un techo a “futuros políticos quienes pudieran tener ideas de 60:40 o incluso 70:30”.⁴⁶

Este ingrediente es parte del imaginario nacionalista de octubre y su trienio. A pesar de su poca difusión: Existe. Aceptamos repartir nuestras ganancias, luego existimos. Podría ser la racionalidad aplicable a las Compañías. Es que éstas, en tanto socio del Estado en la cuestión petrolera, no pueden quedar cual “estampita” de adorno en la construcción de este imaginario de “rescatar nuestro subsuelo de las manos del imperialismo invasor”. Entre los venezolanos todavía no se tiene conciencia de cuánto le debemos y cómo le debemos al imperialismo en la formación del imaginario y en el propio desarrollo del país.

Toda esta creación, estructurante originaria, unida a la coyuntura que se le presenta a un gobierno de AD, en 1976, para pasar a manos de la Nación la producción y el comercio de hidrocarburos, no dejarán ninguna duda en las creencias colectivas sobre el radical y decisivo nacionalismo económico gestado en aquellos tumultuosos y dramáticos días entre el 18 de octubre y uno de los 24 de noviembre.

III. LA LOGICA DEL DISCURSO: MITO DE LOS ORIGENES Y DE LA RUPTURA HISTORICA

Los gobiernos anteriores al 18 de octubre, los de los generales López Contreras (1936-1941) y Medina Angarita (1941-1945), respectivamente, se caracterizaron siempre por presentarse como continuación de toda una tradición política republicana heredada del credo bolivariano. En cuanto tal nunca buscaron, en su discurso, diferenciarse de los regímenes precedentes.

44 “Creole Petroleum: Business Embassy”, en *Fortune*, (Revista de los sectores económicos de los EEUU), Chicago, Febrero, 1949, p.178 (traducción nuestra).

45 Este personaje era a la sazón Presidente de la Creole en Venezuela.

46 *Idem*.

Para López Contreras, “lo que es auténticamente nuestro, es el ejemplo de Simón Bolívar ... y ese ejemplo debe servirnos de guía para adelantarnos por un camino de republicanismo ...”.⁴⁷ Inclusive, las nuevas doctrinas puestas en práctica al calor de la fecunda agitación político-social de 1936, eran consideradas como “ideologías extrañas al temperamento venezolano”. Para luego añadir, “ya corremos el peligro de cambiar lo que es exclusivamente nuestro”.

Este sería también el caso del presidente Medina Angarita. En su alocución inaugural del 5.5.41, declara:

“Nuestro actual sistema de Gobierno, el mismo que hemos conservado con valor y cívica entereza desde los campamentos de la Independencia, porque es el más cónsono con nuestra dignidad de pueblo libre, debe mantenerse mientras aliente el último Venezolano”.⁴⁸

Ambos regímenes, para no referirnos sino a los antecesores inmediatos de octubre -este discurso de la continuidad republicana se repite también con Gómez- tienden a establecer una *lógica de la equivalencia* según la cual se definen relaciones de implicación y continuidad, *mutatis mutandis*, con las experiencias políticas anteriores. Su discurso no fija rupturas dentro de una tradición política.

El *pattern* del discurso octubrista será, por el contrario, establecer una ruptura con el pasado político, mediante una puesta en práctica de una *lógica de la diferencia*⁴⁹ que rompe con las cadenas equivalenciales anteriores. Esto ocurre a través de la construcción de dos estrategias discursivas que van a afectar profundamente las creencias y representaciones de los venezolanos en relación a los regímenes políticos anteriores al 18 de octubre: La siembra de un mito de los orígenes y de un discurso de la ruptura histórica.

Mito de los orígenes

Como siempre, a todo viejo problema corresponde una vieja pregunta: ¿Es el mito originario o, por el contrario, todo origen es mítico?⁵⁰ Desde las

47 “Plan Trienal ...”, en Suárez, N., *op.cit.*, tomo I, p. 231.

48 “Alocución ...”, en Suárez, N., *Ibid*, tomo II, pp. 8-9.

49 Ambas lógicas se usan según la definición de Laclau, E. en “Populismo y ...”, *op.cit.*, pp. 36-37.

50 Entendemos por mito la construcción de nuevas representaciones que sustituyen creencias anteriores; una de sus funciones es, por tanto, justificadora. En un sentido más amplio,

culturas más tradicionales existe todo un cuerpo de narrativas que documentan el problema de los orígenes y su mito. Pero lo importante para nuestros propósitos es examinar la forma como el discurso octubrista reconstruye la vieja cuestión.

Esto ocurre interpretando nuestra historia contemporánea de manera acomodaticia, y por allí pasa toda reflexión, toda creencia sobre el pasado. Las representaciones son muy precisas, resaltan, los aspectos más débiles o cuestionables de los regímenes del “antes”. Los de Castro-Gómez significaron una “República en Venta” aunado a un sangriento despotismo,

“Desangrado y escéptico estaba el país cuando Gómez inició su imperiosa rectoría”.⁵¹

Pérez Salinas, en tono más panfletario, pintará el fresco del país bajo el gomecismo, en el momento petrolero, con palabras que no hacían sino repetir a Betancourt,

“Cuando se descubre el petróleo en Venezuela, la política de Gómez es la de prorratear a piltrafas el subsuelo del país en las más ominosas condiciones para nuestra Patria”.⁵²

Ante esta narrativa, lo político no podía ser diferente: “las cárceles llenas de presos políticos”. El nutriente ideológico estaría vedado: “No se permitía la entrada al país de ciertos libros, folletos, de nada que fuese capaz de orientar a las nuevas generaciones”⁵³ y sin embargo, se orientaron no sólo en las aulas y en la calle, sino hasta en las cárceles. En esa lúgubre Venezuela, sale a la escena la “generación” voluntarista, la misma de octubre: “en ese ambiente enrarecido tomó cuerpo el movimiento llamado ‘generación del 28’ al cual pertenecieron muchos de los hombres que luego fueron los dirigentes de la revolución venezolana”.

seguimos el concepto de mito en Roland Barthes *“Le mythe est un langage .. le mythe est une parole ... puisque le mythe est une parole, tout peut être mythe, qui est justiciable d’un discours... La fonction du mythe c’est d’évacuer le réel ... Car la fin même des mythes, c’est d’immobiliser le monde ...”*, (“El mito es un lenguaje .. el mito es un habla ... puesto que el mito es un habla, todo lo que es justificador de un discurso puede ser mito ... La función del mito es evacuar lo real ... Porque el fin mismo de los mitos es immobilizar el mundo”), *Mythologies*, Seuil, Paris, 1970. (Traducción nuestra)

51 Betancourt, R. “El caso...”, *op.cit.*, p. 28.

52 Pérez S., P. B., “Un ideario...”, *op.cit.*, p. 24.

53 *Idem.*

Domingo Alberto representará el final del gomecismo en lenguaje más apocalíptico,

“al concluir el largo mandato de JVG la situación de Venezuela era la más dramática de América”.⁵⁴

Lo que sigue en lo político será consecuencia de lo que antecede: López y Medina “conservan los rasgos sustanciales del gomecismo ... conservan la estructura del latifundio, mantienen el personalismo, deforman mediante toruosos procedimientos las consultas electorales, en las que participa el cinco por ciento apenas de la población del país”.⁵⁵

Pero, quien realmente marca la pauta en la construcción de esta lógica sobre las nuevas representaciones y creencias en la ordenación de la sociedad, el poder y hasta en el sentido del mismo proceso histórico anterior al 18 de octubre, es Betancourt. La década post-gomecista son los años del “*quinquenio socarrón*” para López, y los de la “autocracia con atuendo liberal” y de la “insinceridad institucional” para el régimen de Medina. Tal capacidad diferenciadora contiene el discurso betancouriano, que hasta lo positivo del “antes” se debe a la obra del Partido y a la actitud de sus dirigentes. Refiriéndose al clima de tranquilidad nacional que se vivió bajo el medinismo, señala,

“contribuyó a él, decisivamente, la patriótica actitud que asumió la oposición, cuya única expresión políticamente organizada era Acción Democrática”.⁵⁶

Y como para despachar en un mismo juicio toda la década post-gomecista, la gramática betancouriana la retratará en estos términos:

“el llamado ‘régimen bolivariano’ para escarnio de un nombre sagrado a los venezolanos, significó la pervivencia de lo fundamental del ‘gomecismo’ hasta una década después de la muerte del dictador”.⁵⁷

Valga una acotación final sobre este punto de la representación del “antes” que concierne al sentido dado a ciertos eventos, de acuerdo al papel que hubiesen ocupado algunos de los futuros “prohombres” de octubre. Este es el caso de la referencia de Betancourt a las elecciones municipales de 1937. El imaginario octubrista insiste hasta la saciedad en que el problema electoral fue deci-

54 Rangel, D.A., “Explicación ...”, p.14.

55 Idem.

56 “El caso ...”, *op.cit.*, p. 34.

57 Discurso ante la A.N.C., 20.1.47, en *Trayectoria*, Ibid.

sivo para el estallido del 18 de octubre, en que las elecciones del “antes” representaban un “escamoteo” a la voluntad popular. Pues, bien, *du coup*, encontramos en Betancourt un emotivo elogio a la anterior jornada electoral,

“Aquellas hermosas elecciones municipales del Distrito Federal, aquellas primeras elecciones municipales de 1937”.⁵⁸

¿Por qué esta exaltación de unos comicios considerados en otros textos como viciados? La respuesta es muy simple: porque en esas elecciones triunfó la plancha de los futuros octubristas, triunfó la “plancha opositora y democrática con un margen del 96% sobre la plancha oficial”.⁵⁹ Lo cual, por cierto, nos hará pensar y hasta dudar sobre la representación del “antes”, como un orden donde la participación política estaba vedada. Sus regímenes se comportaban en general, según la creencia octubrista, de una forma bochornosa y antipatriótica, pero si alguna de sus prácticas llegaban a favorecer a los “verdaderos demócratas” la cosa era discutible a la hora de su representación.

Negando el pasado se construyen las matrices imaginarias que abonan el terreno para introducir el mito de los orígenes: el cual simboliza al período que se inicia el 18 de octubre como “EL TIEMPO DE CONSTRUIR”. Origen de la redención de la dramática historia nacional; comienzo de un “después” que no es sino el prisma que modela las interpretaciones de nuestro pasado reciente. ¿Qué libro de historia contemporánea de Venezuela, de esas llamadas “Historia Fundamental ...”, o qué trabajo de *scholar* no toma **Venezuela Política y Petróleo** como fuente primaria, siguiendo sus esquemas como la sombra sigue al cuerpo? La revolución de octubre y su imaginario también tuvieron como función estructurar este mito de los orígenes. Si observamos, por ejemplo, una periodificación histórica de esas que aparecen en los “Manuales”, lo más seguro que encontraremos es que la entrada al siglo XX se produce en el país el 18 de octubre porque: “fue el día en que realmente murió Gómez”, o porque se dió el verdadero salto hacia la instauración de “un orden constructivo sobre los escombros del desorden legalizado”.⁶⁰ Y si acaso se señala el año 1936 como el de entrada al siglo XX, será porque allí nacen el ORVE y el PDN núcleos iniciales de AD. Este “orden constructivo” originario se convierte además de criterio cronológico en una promesa tan vasta de una nueva sociedad que su duración es indefinida, trasciende los embates del tiempo como todo mito. Promesa de los orígenes, de un comienzo que genera creencias y éstas, a

58 Conferencia de R. Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional, 29.12.45, en *Trayectoria*, *Ibid.*

59 *Idem.*

60 Mensaje del Presidente de la JRG, Rómulo Betancourt, a la A.N.C., 20.1.47, en *Trayectoria*, *Ibid.*

su vez, conforman el imaginario colectivo. Para reforzar este mito de los orígenes, el discurso octubrista se extiende hasta los propios días del nacimiento de la república. Porque la revolución de octubre es llamada

“a enderezar los torcidos rumbos que veníamos traginando desde los mismos días iniciales de nuestra era republicana”.⁶¹

El Discurso de la Ruptura Histórica

Así como persisten las representaciones octubristas sobre la creencia en un origen y un comienzo que habría marcado el 18 de octubre, ocurre igualmente -en estrecha relación con el mito anterior- la construcción de un discurso de la ruptura histórica representado por esa fecha-símbolo, privilegiando un corte en el tiempo. Según esto, octubre y el trienio son intervalo de formación y despegue de una nueva sociedad.

Los octubristas no tuvieron más posibilidad que la escogida. Sus socios de uniforme “estaban dispuestos a ir a la acción violenta, con nosotros o sin nosotros”.⁶² Que el nuevo orden significase o no una ruptura histórica, no alteraba su conciencia de actores “de la más profunda transformación” (expresión de Luis Lander) que hubiese conocido la república. Esta suerte de puesta contra la pared de la historia, unida a la vocación de poder de los dirigentes de AD, les lleva a construir discursivamente los postulados de la “necesidad” del acontecimiento y de la consecuente ruptura con “formas absolutistas de gobierno”, con un régimen “imbuido de orgullo demoníaco” (expresión de Betancourt). Esta lógica diferenciadora, matizada con todo un lenguaje lapidario, signa la efectividad discursiva del imaginario octubrista.

Pero hay que resistirse de caer en la tentación de concebir nuestro proceso histórico contemporáneo a partir de esta matriz. Ni siquiera hay que caer en la tentación de la metáfora -que por lo de metáfora, será trampa estética, ¡al fin y al cabo!- que señala al año 1936 como el de los orígenes, el de nuestra entrada al siglo XX. Para entender la modernidad de lo nacional, nuestra modernidad, hay que desviar la mirada hacia atrás, muy atrás; quizás tendríamos que remontar hasta los días de Guzmán Blanco y su Liberalismo Amarillo. ¿Cómo hacer, entonces, para no dejarse tentar por tanta belleza? Articulemos a lo argumentado hasta acá una pregunta sobre las metas programáticas planteadas a la sociedad venezolana entre 1936 y 1945. ¿Hubo divergencias

61 Alocución del Presidente de la JRG, 30.10.45, *Ibid.*

62 Betancourt, R., “El caso ...”, *op.cit.*, p.38.

sustanciales en los objetivos fijados, en la consideración de lo definido como grandes necesidades nacionales o, por el contrario, las diferencias sólo fueron cuestión de modalidades? Intentemos diseñar una respuesta.

Si observamos los objetivos programáticos de los gobiernos de López Contreras, Medina Angarita y aquellos de la JRG y Gallegos, respectivamente; nos sorprenderá encontrar las mayores similitudes que ponen en cuestión el discurso de la ruptura histórica. Veámoslo con pruebas en la mano y documentos sobre la mesa.

1. El 7 de mayo de 1938, el Presidente López define ante el Congreso Nacional las “previsiones político-administrativas” de su gobierno en estos términos:

“Mi experiencia de dos años al frente del poder me ha llevado al convencimiento de que nuestras necesidades públicas más esenciales estriban en una mayor producción y rendimiento de la economía nacional, en el abaratamiento del costo de la vida y en esta trilogía inseparable: **Sanear, Educar, y Poblar**”⁶³

2. El 5 de mayo de 1941, el general Medina asume el poder, momento oportuno para señalar a sus “compatriotas” hacia donde se dirigirá la atención de su gobierno:

“... es necesario continuar la empresa, ya adelantada, de vitalizar la potencialidad económica de la república, estimular la producción de nuestras viejas fuentes de riqueza y acelerar el aporte de las que todavía esperan la mano del hombre ... asegurar el progreso moral y cultural de la Patria, lo cual será complementado con un incremento de la educación ...”⁶⁴

3. En su recorrido por uno de “los pueblos de la Cordillera”, el 14 de diciembre de 1945, el Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Rómulo Betancourt, se dirige a sus “Conciudadanos” para explicar “qué va a hacer la revolución, qué está haciendo la revolución convertida en gobierno”:

“Educar, sanear, alimentar, domiciliar mejor y más racionalmente al pueblo: éste es nuestro objetivo inmediato. ¿Cómo alcanzarlo? Mediante la transformación a fondo de la estructura económica y fiscal del

63 “Plan Trienal” en Suárez, N., *op.cit.*, tomo I, p.198. (Subrayado nuestro).

64 “Alocución ...”, en *Ibid*, tomo II, pp. 9-10.

país, que no podremos realizar dentro de un perentorio plazo, que será obra de las próximas generaciones”.⁶⁵

4. Finalmente, en su alocución inaugural, el 15 de febrero de 1948, el presidente Gallegos sintetiza “las normas a que someteré mi conducta de gobernante” en los términos siguientes:

“Educar, sanear y abastecer, serán mi preocupación predominante, una y trina, de mi gobierno”⁶⁶

Con estos postulados programáticos ante nosotros, ¿se puede, entonces, seguir hablando de una ruptura histórica entre un “antes” y un “después” del 18 de octubre; o más bien se debería comenzar a hablar de un proceso de continuidad, al menos en lo programático, en la tarea de modernizar al país iniciada incluso mucho antes de 1936?, ¿dónde reside, pues, la ruptura (o, mejor, la discontinuidad) introducida por el 18 de octubre? Justamente, en el nivel del imaginario político. Lo que cambia, a partir de esos días, es la concepción misma de la acción política que pasa a fundarse en un nuevo imaginario y una nueva legitimidad organizados simbólicamente en torno al “horizonte”⁶⁷ de la soberanía popular. Esto es lo realmente nuevo: la construcción de una identidad política colectiva a través de una acción de masas y no de élites como la democracia evolutiva anterior. En esta novedad radica una de las fascinaciones que 1945 y su JRG han ejercido sobre el imaginario colectivo. A partir de allí se forma todo un sistema de representación del pasado, que renacerá y se enriquecerá después de 1958. Esta representación de la ruptura histórica, esa lógica de diferenciación con el pasado cumplirá un papel estratégico de importancia meridiana. Negando el “antes” se construye la identidad de la nación con el “después”. Para los octubristas era necesario, entonces, destruir el pasado discursivamente, para que su presente y futuro se convirtiesen en esencia. O, como lo expresa, en otro contexto histórico, esa figura inédita del heroísmo revolucionario francés: Saint Just,

“ce que constitue la République, ce la destruction totale de ce qui lui est opposé”.⁶⁸

65 Discurso del 14.12.45, en *Trayectoria*, op. cit., p. 10.

66 “Alocucion”, en Suárez, N., op. cit., Tomo II, p. 214.

67 Uso el término “horizonte” como la construcción a la vez de una frontera político-social y de un imaginario totalizante, tal como ocurre con el 18 de octubre y su trienio: limita lo político-social entre un “antes” y un “después” construyendo sobre las bases de este último una creencia global sobre el sentido del proceso histórico. Sobre el término, véase Laclau, E. “Populismo y ...”, op. cit., p. 36.

68 “Lo que constituye la República es la destrucción total de aquello que se le ha opuesto”, citado por Barthes, R., op. cit., p. 246. Parafraseando esta expresión, podría decirse: lo que constituye la identidad de la Revolución de Octubre, es la destrucción de todo a lo que ella se opone.